

pudieron presentar con Vitico y Totila 150 á 200,000 combatientes, no se errará mucho si se calcula el número total de emigrantes en cerca de 250,000.

Desde Novae, al Norte de Nicópolis, donde se hallaba establecido desde algunos años antes el cuartel general del rey, dirigióse el pueblo hácia el Occidente con su inmensa impedimenta por la orilla romana del Danubio, luchando en todo el camino con hordas búlgaras y sármatas ó sean los pueblos eslavos. Había pasado de Singiduno y Sirmio, cuando sus antiguos enemigos, los gépidos, le salieron el encuentro cerrándole el paso. La lucha fué grande, y á no ser por el valor personal del rey hubieran quedado allí exterminados los ostrogodos. Pasado este peligro, siguieron su penosísima marcha, atormentados por el hambre, las epidemias y el frío del invierno; subieron por la orilla del río Save, atravesaron por caminos montuosos y escarpados de los Alpes, y llegaron finalmente al Isonzo, que formaba la frontera italiana. Allí, en el umbral de su casa, digámoslo así, les estaba aguardando Odoacro; pero los ostrogodos forzaron el paso del río en 28 de setiembre del año 489. Cuatro semanas despues, en 30 de octubre, ocuparon las plazas fuertes de Verona, Milan y toda la línea del Isonzo á consecuencia de otra sangrienta batalla dada cerca de Verona. Odoacro quiso retirarse á Roma, pero la capital le cerró las puertas y se entregó á su enemigo que se presentaba en nombre del emperador de Oriente. Viéndose casi perdido, encerróse Odoacro en Rávena, su segunda capital, plaza inexpugnable entonces por su situación en medio de pantanos y atendidos los recursos de sitio imperfectos de la época, mucho mas teniendo asegurado el abastecimiento de víveres por la escuadra romana del Adriático, estacionada á la sazón en el puerto de guerra próximo conocido por el nombre de Classis ó estación militar. Rávena era entonces como hoy Venecia, una ciudad acuática, cuyas lagunas eran las carreteras por donde se transitaba en góndolas, lo mismo que en la inextricable red de canales derivados del Po que rodeaba la ciudad por tres lados. Allí mantúvose Odoacro, renunciando á sostenerse en el campo abierto, sobre todo desde que su general Tufa, probablemente en secreta connivencia con su señor, se había pasado á los ostrogodos para abandonarlos despues, volverse á Rávena, llevarse engañados á los jefes ostrogodos que Teodorico había puesto á sus órdenes y entregarlos prisioneros á su rey. Odoacro, reanimado con el éxito de esta estratagema, resolvió luego atacar á su vez; y en efecto, se apoderó de Cremona y de Milan y obligó á Teodorico á encerrarse con los suyos detrás de las murallas de Pavia; suceso que es un excelente indicio para el cálculo exacto del número de almas que acompañaban al rey ostrogodo, pues que cupieron todos los inmigrantes en una ciudad de segundo orden. La situación de los sitiados iba haciéndose intolerable, cuando en el momento mas crítico llegaron en su auxilio sus fieles amigos y afines los visigodos con un ejército considerable, que permitió á Teodorico salir de Pavia y librar á su enemigo una tercera batalla encarnizada, en la cual se disputó el paso del río Adda en 11 de agosto de 490. Vencieron los godos unidos, y Odoacro vióse otra vez forzado á encerrarse en Rávena, donde los aliados le cortaron la salida por tres lados, mientras otros cuerpos de ejército, no se sabe si bajo el mando de Teodorico ó de otros jefes godos ó romanos, recorrían la Italia posesionándose de todas las ciudades menos Rímimi y Cesena. Casi sin excepcion se pasó al vencedor toda la población italiana, la cual, probablemente á consecuencia de una conjuración secreta, asesinó en un mismo día á todos los partidarios de Odoacro. Este último se defendía entre tanto con la mas heroica tenacidad en su segunda capital, haciendo frecuen-

tes salidas nocturnas para destruir las obras de sitio de sus enemigos y apoderarse de su campamento fortificado establecido en Pineta. El último ataque sobre este punto en 10 ó 15 de julio de 491 fué tan violento, que á duras penas pudo rechazarlo Teodorico peleando desesperadamente á la cabeza de los suyos. Exhaustas las tropas mercenarias que habían quedado con Odoacro, estrechó el vencedor mas y mas el sitio; y cuando se hubo apoderado de la escuadra, refugiada en el puerto de Rímimi, cortó á la ciudad, en 28 de agosto de 492, los víveres por el lado del mar, obligándola á rendirse por hambre despues de una heroica defensa de tres años. En 27 de febrero de 493 firmóse entre ambos reyes por mediación del obispo de Rávena la capitulación bajo condiciones honrosas para ambos. Teodorico concedió á su adversario la vida, la libertad y honores reales iguales á los suyos dando Odoacro en rehenes á su hijo Tela. Desgraciadamente no se cumplió tan solemne convenio, y una negra mancha empaña la fama del gran rey Teodorico. Este pretendió que Odoacro trataba de quitarle la vida (si con fundamento ó sin él y en el primer caso con derecho ó sin derecho no está averiguado) y resolvió adelantarse. Al poco tiempo de haber entrado en la ciudad, es decir, en 5 de marzo de 493, invitó Teodorico á Odoacro á un banquete en el palacio de Lauretum de Rávena y allí le hundió el mismo su espada en el pecho. El hijo y la escolta del desgraciado rey fueron tambien asesinados.

#### CAPITULO II

##### RELACIONES EXTERIORES DEL REINO OSTROGODO DE ITALIA EN EL REINADO DE TEODORICO EL GRANDE (de 493 á 526)

Difícilísima es la tarea de presentar un cuadro de este reino, porque no solo los datos modernos, no solo las fuentes históricas antiguas sobre el estado y disposición de Italia, sino hasta las mismas relaciones sociales de la época abundan en contradicciones. Por un lado tenemos un pueblo bárbaro con su rey bárbaro tambien, dueños de Italia y de los países adyacentes, y tampoco dependientes del imperio bizantino, cuanto que pudo suscitarse entre ambas partes una lucha abierta, que se tuvo desde luego por guerra, no por insurrección.

Por otro lado observamos en la forma la conservación no solo de las instituciones italianas, sino de las relaciones de Italia con el imperio bizantino, y las solemnes declaraciones de que el país pertenecía al imperio de Oriente y que el pueblo godo formaba parte de este imperio, porque Teodorico había ido con los suyos á Italia por encargo del emperador, á fin de expulsar de allí á un usurpador y no para conquistar el país y establecer un reino propio é independiente.

A todas estas contradicciones irreconciliables se agregaba la artera diplomacia bizantina que esta vez había echado la cuenta sin la huésped: el emperador no había tenido presentes el carácter dominador de Teodorico ni el poder independiente que le aseguraba su calidad de rey nacional á la cabeza de su pueblo.

Poco despues de la muerte de Odoacro fué proclamado Teodorico rey por los suyos, no del pueblo ostrogodo, pues ya lo era, sino de Italia ó del pueblo itálico, para significar que intentaba reinar en virtud de su propio derecho, como conquistador y vencedor y no como enviado y lugarteniente del emperador. Claro es que esto contrariaba los planes de Zenon y era opuesto á lo convenido, por cuya razón se negaron despues los bizantinos á reconocer el derecho de los godos á poseer la Italia, alegando que Teodorico no había hecho mas que sustituir una usurpación por otra, quedándose

con el país en lugar de entregarlo al emperador, que solo había concedido á los godos el derecho de establecerse y vivir en él y á su rey el de gobernar puramente como comisionario ó enviado imperial.

Durante la lucha con Odoacro, despues de la batalla á orillas del Adda, había despachado Teodorico á Festo, presidente del senado, á Constantinopla, para solicitar del emperador las insignias reales, es decir, la púrpura como rey de Italia reconocido por el gobierno bizantino, á fin de ganar con esto la aquiescencia de los italianos que vacilaban en reconocerle; pero antes de que el emperador contestara rindióse Odoacro y muerto ya proclamaron los godos á su rey por rey de Italia. Este acto ofendió mucho á Anastasio, que entre tanto había sucedido á Zenon en el trono, y solo al cabo de muchos años, en 498, hubo reconciliación entre ambas cortes, y despues de reconocer el emperador la legalidad de los hechos consumados, devolvió á Teodorico las insignias y joyas del imperio occidental que el último había encontrado en Rávena y mandado á Constantinopla como enviado y súbdito del emperador oriental. Sobre este acto del emperador Anastasio basaron los reyes ostrogodos sus pretensiones á la dignidad imperial de Occidente en el trato con otros reyes germánicos, aunque no en frente del emperador de Oriente.

Antes de Teodorico habían mandado en Italia diferentes jefes germánicos en nombre del emperador, pero estos, como Estilicon, Aecio y Ricimero mandaban tropas mercenarias y no un pueblo entero de familias con sus esclavos y ganados como Teodorico. Estas familias debían solamente ocupar los terrenos de los partidarios de Odoacro, muertos todos, procurando establecerse por vecindades segun la consanguinidad de los grupos; y no debían de escasear los terrenos, porque los invasores no se derramaron por igual en las diferentes provincias, como tampoco lo hicieron los otros pueblos godos en la Galia y en España, donde por lo general vivían en las poblaciones á manera de guarnición. Una prueba de que el establecimiento de las familias se hizo en Italia por grupos ó tribus consanguíneas tenemos en el hecho de que las tribus rugias que se les habían agregado en el camino, se mantuvieron durante dos generaciones separadas de los ostrogodos; y si esto sucedió con una simple é insignificante fracción de un pueblo, con mucho mayor motivo debía conservar el pueblo principal su división primitiva. A no ser así, no se explicarían muchas cosas, á primera vista incomprensibles, en la gran guerra con el imperio oriental que ocurrió despues.

En el nuevo reino de Italia dividíase la población en dos clases muy distintas, la población goda y la romana, cada una de las cuales se gobernaba segun sus tradiciones y leyes, y cada una conservaba su organización propia. La romana continuaba con su sistema administrativo establecido, sus ayuntamientos, corporaciones, tribunales y derechos individuales así como con sus deberes, en cuya primera línea figuraban las contribuciones. Para ella el rey godo había sustituido en el trono al emperador, no importándole averiguar en virtud de qué derecho, si como rey independiente ó como lugarteniente del emperador bizantino, cuestión oscura y de solución difícil.

Respecto de los godos seguía Teodorico como su rey nacional y popular. Ellos formaban casi exclusivamente el ejército, á excepcion de algunos contados jefes bizantinos y romanos de la especial confianza del soberano. En lo demás eran inevitables algunas modificaciones en la antigua organización, buena para un pueblo nómada, pero defectuosa en un país civilizado con una administración necesariamente complicada. Había la cuestión de empleados y la imprescin-

dible necesidad de extender las contribuciones á todos los súbditos, aun sin la natural tendencia de los reyes godos en territorio romano hácia el poder absoluto. El individualismo excentralizador era insostenible en frente de una población numerosa y enemiga, y lo mismo sucedía con las asambleas populares, pues que los hombres de armas diseminados con sus familias en una inmensa superficie no podían congregarse como cuando formaban tribus ambulantes. El imperio de Teodorico llegó á extenderse desde Siracusa hasta Augsburgo en Alemania, y desde Toledo hasta Belgrado en la Servia. Así contribuía todo á facilitar el establecimiento de monarquías absolutas; de modo que bien pudo escribir un ministro de Teodorico: «Es mas fácil que la naturaleza se equivoque que el que un reino no lleve el sello de su soberano,» y: «El individuo á quien el rey desconoce es casi comparable con un muerto, pues ninguna importancia tiene la persona sobre la cual no cae la mirada de su rey» (1).

La política exterior del reino de Italia se ajustaba á las relaciones variables que tenía con las dos potencias mas grandes de aquella época, el imperio bizantino al Este y el de los francos al Norte.

Mientras Teodorico con gran celo para ganarse la voluntad de sus súbditos romanos conservó buenas relaciones con el imperio de Oriente, se portó con gran mesura en sus actos. En las cartas que dirigió al emperador, habla de su reino como parte integrante del imperio; le participa que ha nombrado cónsul para el año 511 al galo Felix, y solicita la confirmación de estenombriamiento; pero cuando el emperador Anastasio en 504 envió tropas á la frontera oriental del reino de Italia para atacar á un tal Mundo, que pretendía ser descendiente de Atila, y que había establecido en aquel rincón de tierra un pequeño Estado de salteadores, mandó Teodorico á su general Piza, que estaba peleando allí cerca contra los gépidos, que socorriera al aventurero, que se hallaba con los suyos muy acosado por los imperiales en un castillo antiguo, y lo declarara protegido del rey. Como los bizantinos no hicieron caso de esta declaración, atacóles y derrotóles Piza juntamente con el contingente búlgaro que llevaban, y libertó á los sitiados. Este incidente encendió la guerra entre el emperador y su pretendido lugarteniente. El emperador valiéndose de sus escuadras, y mientras los godos estaban ocupadíssimos en la Galia, en 507 y 508, mandó atacar y saquear las poblaciones marítimas de la Calabria, procedimiento por cierto muy poco conforme con su pretensión á la soberanía. En vista de esto, armó Teodorico á toda prisa otra escuadra, que si no estaba destinada contra los vándalos solo podía tener por blanco de sus ataques el imperio bizantino; cosa que no llegó á saberse porque se zanjaron las diferencias por efecto de la política pacífica que el rey godo seguía despues de la muerte de Odoacro.

En efecto, Teodorico solo trataba ya de conservar lo que había conquistado, echando mano á la espada únicamente cuando no quedaba otro recurso, conforme hace notar expresamente la leyenda heroica de Dietrich de Berna, ya fuese esta política pacífica efecto de su propio natural y de su sabiduría ó del convencimiento de la debilidad de su reino. La guerra en la Galia le había sido impuesta por sus rencorosos y perversos vecinos del Norte, los francos, que á las órdenes de su rey merovingio Clodoveo, hombre atrevido, astuto y solapado, creían poder atacar impunemente y sin motivo á todo el mundo. Teodorico no se disimulaba el peligro que por este lado amenazaba á su reino además del que provenía de Constantinopla, y por esto observaba para con todos los reyes y jefes menores su sistema de política de

(1) Casiodoro.

(N. del T.)



paz con aires de protectorado paternal, sin alegar otro derecho mas que el de su autoridad moral, á fin de formar con ellos una especie de confederación y ponerse á su cabeza. Para realizar este plan les enviaba embajadas y presentes, y donde podía, robustecía los lazos de amistad con casamientos que le facilitaba el gran número de mujeres casaderas de su familia. Tenia en efecto, tres hijas, una hermana y una sobrina. De las primeras casó á Teodegoda con Alarico II, rey de los visigodos; á Ostrogoda con Segismundo, rey de los borgoñones, y á Amalavinta con su pariente Eutarico, de sangre amala tambien, que habia vivido hasta entonces entre los visigodos en España, y era hijo adoptivo de armas del emperador Justino que le habia nombrado además cónsul para el año 519. Este casamiento tenia por objeto asegurar á Amalavinta el trono de Italia, ya que él no tenia sucesor varon directo. Su hermana Amalafreda, mujer de brillantes cualidades, se casó con Trasamundo, el mas ilustrado de los reyes vándalos de Africa, y su sobrina Amalaberga Hermanfrida fué esposa del rey de Turingia en el corazon de Alemania. Al rey de los hérulos adoptó por hijo de armas. Hasta al lejano país de los estones á orillas del Báltico llegó la fama de Teodorico, al cual mandaron aquellos naturales una embajada con ricos presentes de ámbar.

Además, Teodorico, despues de la muerte de su mujer, se casó en segundas nupcias con Audeflada, hermana del rey merovingio Clodoveo, pero ni esto, ni el poder del rey ostrogodo su cuñado retrajo al merovingio de sus planes de conquista; y costó gran trabajo á Teodorico salvar de la persecucion de los francos y del completo exterminio á los últimos restos de los alamanos establecidos en la orilla derecha del Rhin. Clodoveo venció y destruyó el cuerpo principal de este pueblo en la batalla de Tolpiacum, y se apoderó de la mayor parte de su territorio. Teodorico dió asilo á los fugitivos en el canton de los Grisones; y á consecuencia de aquella victoria de Clodoveo, quedaron vecinos y colindantes los francos y ostrogodos.

Clodoveo, convertido poco tiempo antes á la religion cristiana ortodoxa, vió una buena ocasion de satisfacer sus instintos de rapiña en la herejía arriana de los visigodos, establecidos en el Mediodía de Francia; todos los esfuerzos de su cuñado Teodorico para hacerle renunciar á esta expedicion fueron inútiles; Clodoveo no hizo caso de sus cartas, ni de sus instancias. Tambien escribió con el mismo fin Teodorico á su yerno el rey de los visigodos para rogarle hiciese lo posible en favor de la paz; y otros mensajes mandó á los reyes de los borgoñones, turingios, varnos y hérulos, para que se aliaran con él contra los francos á fin de obligarles á estarse quietos. Todo fué en vano. Clodoveo atrajo á su partido á los borgoñones y atacó á los visigodos, cuyo rey perdió vida y corona en la batalla de los campos voeládicos en el año 507. Los enemigos ocuparon la mayor parte del territorio de los vencidos en la Galia meridional. Quedó heredero del trono el visigodo Amalarico, niño de corta edad, hijo del rey difunto y nieto de Teodorico; y estando amenazado de ser suplantado por un hermano ilegítimo suyo en el trono de su padre, el abuelo ya no pudo menos de salir á su defensa para impedir al mismo tiempo que toda la Galia visigoda cayera en poder de los francos. Algo tarde pero con gran vigor decidióse Teodorico á atacar con los suyos. Quizá fuese causa de la tardanza la expedicion marítima del emperador de Oriente contra los pueblos de Italia en el año 507, que muy bien podia haberse emprendido en connivencia con los francos y borgoñones. En junio de 508 se halló reunido el ejército ostrogodo que pasó bajo las órdenes del conde Iba los Alpes marítimos, libró á Arles (Arelate) defendida hasta entonces brillantemente por Tulun, casado con

una amala, y derrotó al ejército reunido de francos y borgoñones. Pasó luego el Ródano y socorrió á las ciudades y pueblos asediados y estrechados por el enemigo, en especial á Carasona, donde se guardaba una gran parte del tesoro visigodo. Fué esta la única guerra desgraciada para los francos, siempre vencedores en todas sus demás empresas; y quizá alude á esta particularidad la citada leyenda de Sigfrido cuando dice que solo Dietrich (Teodorico) de Berna pudo vencer al para todos los demás invencible héroe de los Países Bajos. (Los francos sálicos habitaban las tierras del Bajo Rhin.) Hízose la paz en 509 ya fuese por convenio, ya sin él por el cansancio de ambos beligerantes, y Teodorico volvió á su política pacífica contentándose con las ventajas obtenidas é incorporando para mayor seguridad á sus Estados todo el país situado entre el Ródano, el Durance y el mar, con las ciudades importantes de Marsella, Arles y Avignon, que su predecesor Odoacro habia abandonado á los visigodos. Así alejó á los francos de los Alpes marítimos, mientras él podia en cualquier momento dado atacarlos con gran empuje y penetrar hasta el corazon de su país. Al mismo tiempo dedicóse con ahinco á reorganizar el vacilante imperio visigodo en España. Mandó á Iba pasar allí para expulsar al usurpador Gesalico y consolidar el trono de Amalarico, lo cual hizo en 511. Encargóse luego del gobierno hasta la mayor edad de su nieto el mismo Teodorico por medio de su lugarteniente el ostrogodo Teudis que, conforme veremos en la historia de los visigodos, acabó por ser el verdadero dueño del país.

Todavía tuvo Teodorico que empuñar otra vez las armas, forzado de nuevo á rechazar los ataques de los francos. En la familia real de los borgoñones ocurrieron escenas de violencia y de sangre, que dieron á los hijos de Clodoveo suficiente pretexto para intervenir en aquel país; y al mismo tiempo Teodorico hubo de prepararse á vengar la muerte de un nieto suyo, hijo de Ostrogoda, ya difunta, y á quien su padre, el rey Segismundo, habia asesinado por su propia mano á excitacion de su segunda esposa. En su consecuencia Teodorico envió allí al conde Tulun con un ejército, pero al penetrar éste en 523 en el país encontró ya muerto al rey Segismundo por una expedicion de francos. Su sucesor compró la paz abandonando al rey ostrogodo importantes territorios en el Sudoeste del país, de modo que Teodorico pudo abandonar el resto á los francos, como lo hubiera tenido que hacer mas ó menos tarde. La línea de defensa del reino de Italia penetró con esta última adquisicion muy adentro ya de la Galia y el poder de Teodorico llegó á su grado máximo.

Grande era la fama y el brillo del reino ostrogodo: el mal que le roia y los peligros que encerraba para el porvenir apenas podian vislumbrarlos mas que el rey y acaso tambien los astutos merovingios. Todas las tribus y pueblos bárbaros admiraban la grandeza del rey de Italia, sucesor de los emperadores en su país, centro del imperio del mundo y de la civilizacion. El mismo Teodorico llamaba á los demás reyes germánicos «reyes de bárbaros,» y se complacia en servirles de mentor en la cultura romana, á la cual en cuanto podia protegía y admiraba, tratando sobre todo de inculcar la parte administrativa y sus principios de jurisprudencia á sus godos, para que sirviese de lazo de union entre la culta Constantinopla y el mundo germánico. Cuando envió á su sobrina al rey de los turingios que la habia pedido en matrimonio, le escribió: «Dichosa Turingia, que desde ahora contará con otra joya, una reina educada en Italia, instruida en ciencias y modales finos.» Cumpliendo con un deseo del rey de los borgoñones, mandóle relojes muy ingeniosos (1) junto

(1) Clepsídras, movidas por agua, y hasta por el mercurio, que eran los únicos, además de los de sol, que se conocian entonces. (N. del T.)

con los artífices, diciendo en la carta acompañatoria: «Ahora tendrás en tu país lo que se admira en Roma; ahora conocerá la Borgoña las maravillas mas grandes, y aprenderá á admirar las invenciones de las naciones antiguas. Ojalá que su rey lograra hacer abandonar á su pueblo los usos bárbaros propios de su raza, para que puedan lograr las maravillas que para nosotros godos son ya cosas vulgares.» Portador de esta carta era el erudito Boecio, que llevaba además consigo un cantor para el rey de los francos, al cual escribió Teodorico: «Boecio suavizará con sus gratas melodías la rudeza de los bárbaros cual otro Orfeo.»

Gustábase mucho hacer alarde de su dignidad imperial, que fundaba no en la adopcion por hijo de armas por el emperador Zenon, sino en su calidad de sucesor de los emperadores romanos en la capital y en Italia, del mismo modo que lo entendió despues Cárlo-Magno. Así escribió al rey de Turingia con ocasion de su boda con Amalaberga, su sobrina: «Vos, que sois de sangre real, brillareis de aquí en adelante mucho mas por la imperial que se une á la vuestra.»

Conocia y temia el rey el sistema primitivo de los suyos de hacerse cada uno la justicia por sí mismo, comprendiendo que podia imposibilitar la concordia y armonia entre godos é italianos y en general toda vida social; y procuró con todas sus fuerzas hacer prevalecer el principio romano: *Civilitas, civiliter vivere*. Debíó salir bastante airoso en este su propósito cuando alabó la conducta de sus godos con las palabras: *laus gothorum civilitas custodita*. Un mérito de los godos consiste en la conservacion de la autoridad de las leyes, y dice «que habian sabido conciliar la fuerza de los bárbaros con la inteligencia y consideracion de los romanos.» Los mismos romanos habian perdido en tan largo periodo de guerras, de confusion y de desórden, los hábitos propios de una sociedad bien administrada, y forzados por el ejemplo de los invasores mas de una vez echaban mano á las armas para hacerse justicia expedita, por cuya razon les dijo el rey: «No tomeis costumbres que veis abandonar á otros.» En otra alocucion dirigida á sus súbditos en Panonia, probablemente gépidos, les dijo: «¿Por qué os desafiáis á luchar con las armas cuando teneis tribunales imparciales? ¿En qué se conocerá que hay paz, si reinando la ley se matan los hombres? Imitad á mis godos que saben mostrar valor en el campo de batalla y obediencia á las leyes en casa.»

Dirigiéndose á todo el pueblo en general, exclamaba: «No el brazo, sino la ley debe dirimir las contiendas; ¿por qué acudis á la fuerza bruta, si teneis tribunales? Si se originare alguna diferencia entre vosotros, conformaos con lo que decidieré la ley;» y hablando solo á los godos les decia: «Ved aquí lo que falta á todos los pueblos bárbaros menos á vosotros que os distinguís de todos ellos, en que estais siempre prontos á entrar en combate y vivís sin embargo con los romanos sometidos, acatando las leyes.»

Su amor á la paz, su sabio gobierno, su vigorosa y pronta administracion de justicia, pues convenia quitar todo pretexto para que la lentitud é imperfecta justicia indujese á la gente á hacérsela por su mano; su imparcial benevolencia para godos y romanos, sus incansantes esfuerzos (como veremos al hablar de la administracion) en favor de la civilizacion y riqueza nacional, dieron brillantes resultados á pesar de la indescriptible destruccion causada por la guerra, y procuraron á su autor la fama merecida que ya en vida del gran rey penetró hasta los pueblos mas apartados, y que despues de su muerte dió lugar á muchas leyendas populares. En su solicitud por la prosperidad y bienestar generales no olvidó ni el menor detalle; todo lo aprovechaba, hasta los trozos de mármol rotos que veia en sus viajes desparramados y aban-

donados por el campo. Este último rasgo de no desperdiciar nada tenia de comun con Cárlo-Magno. Los romanos mismos que á él y á sus sucesores tan ingratos parecian, celebraban sus sentimientos benévolos, su solicitud en favor del órden interior, su carácter económico á la vez que liberal, su tolerancia en materia de religion, su generosidad para con el pueblo romano al cual procuraba alegrar «como verdadero emperador,» como Trajano y Valentiniano sus modelos, con juegos del circo que tanto les gustaban. Decian: «Vino á Roma donde vivió con los romanos como un padre con sus hijos.» La tradicion pinta su administracion de justicia como tan eficaz, que se podia dejar en los caminos oro y encontrarlo intacto aunque hubiesen pasado meses y años. Otra tradicion refiere el caso de una pobre viuda romana que fué á quejarse al rey de que hacia años que buscaba y no encontraba justicia en los jueces indolentes y prevaricadores. El rey, irritado, mandó inmediatamente á los jueces bajo pena de muerte decidir dentro de un número dado de días el asunto de la viuda; y cuando estos espantados presentaron antes de acabar el plazo su sentencia en favor de la viuda les dijo: «ahora habeis probado vosotros mismos cuán pronto hubieseis podido hacer imperar la ley si hubieseis querido,» y los hizo ejecutar.

Mostró tambien su talento, como ya hemos dicho, con la tolerancia inteligente y noble para con otros cultos distintos del suyo que era el arriano. El imperio habia perseguido, y perseguia en Constantinopla á los arrianos y judíos; los vándalos perseguian á los católicos; los visigodos persiguieron primero á los católicos y despues á los arrianos y judíos; pero Teodorico protegió en su país á unos y otros, obligando á los cristianos que habian quemado sinagogas á reedificarlas á sus expensas, y cuando los católicos riñeron unos contra otros en las calles de Roma con motivo de la eleccion de dos papas, los herejes ostrogodos restablecieron el órden.

A pesar de esto no pudo impedir el rey que naciera de la competencia entre los varios cultos el conflicto que debió amargar el fin de su vida, destruir la paz del reino y ser causa de la mas tremenda lucha despues de su muerte.

El abismo que separaba á los godos arrianos del Sumo Pontífice no se hizo sentir mucho mientras ocuparon el trono imperial Zenon y Anastasio que se inclinaban á la herejía de Arrio; pero cuando Justino I y su sobrino y sucesor Justiniano se reconciliaron completamente con el papado y fundaron su política interior principalmente sobre la alianza del gobierno con los obispos católicos, sobre la persecucion de todas las herejías, en especial la arriana, y de consiguiente sobre la de un número de adeptos godos, en los años 523 á 524, empezaron á malearse seriamente las relaciones entre los godos arrianos, el Papa, el emperador y todos los italianos católicos. A espaldas de los godos se establecieron relaciones íntimas y secretas entre los senadores y obispos italianos y la corte bizantina.

Por todo el imperio propagáronse rápidamente el deseo y la esperanza de que el emperador y soberano legítimo y ortodoxo acabara por librar al pueblo romano católico del yugo de los bárbaros herejes. Teodorico envió al emperador una embajada para inducirle á desistir de su persecucion contra los arrianos; y para halagarle mejor encargó de esta comision, á pesar de su resistencia, al mismo papa Juan, probablemente tambien con el objeto de testificar de paso su tolerancia con los católicos y hacerle ver el peligro de las represalias que podian usarse de parte de los otros godos si continuaba la persecucion de los arrianos. Esta embajada no tuvo el resultado que Teodorico esperaba, á pesar de algunas concesiones verbales y secundarias; pero en cambio fué grande la ovacion que recibió el Papa á su llegada á



Constantinopla. Toda la poblacion en masa, precedida del clero, salió á recibirle; el emperador se arrodilló y se hizo coronar otra vez por él y hubo los milagros correspondientes. A su regreso encontró á Roma en gran fermentacion; el rey le recibió con desconfianza y lleno de ira, y los corifeos del partido enemigo de los bárbaros, es decir, el senado, la aristocracia romana y el clero estaban ya abiertamente comprometidos. Albino, sujeto romano distinguido, fué delatado al rey por su colega Cipriano, fiel y adicto á éste, como complicado en una correspondencia criminal con la corte de Constantinopla; y entonces Boecio, persona tan simpática al rey, que le veneraba y apreciaba en tan alto grado que no solamente le habia nombrado cónsul para el año 510, sino que en 522 confirió la misma dignidad á sus dos hijos antes de la edad legal, declaró con asombro de todos, que «si Albino era culpable lo eran tambien él y todo el senado.» El rey, fuera de sí, complicó en la causa á Boecio, que fué puesto preso, lo mismo que el Papa que acababa de llegar y que al poco tiempo, en 18 de mayo de 526, falleció en la cárcel. Teodorico, el tirano y bárbaro, cuando el tribunal correspondiente, que era el senado, temeroso de la ira del rey, sentenció á Boecio despues de una corta defensa á la pena capital como culpable de alta traicion, cambió la sentencia en destierro; pero cuando la sublevacion fué generalizándose en el país, mandó cumplir la sentencia no solamente en Boecio, sino al poco tiempo tambien en la persona de Simaco su suegro, confiscando los bienes de ambos segun el derecho penal vigente entonces. En medio de esta situacion tirante de los partidos opuestos nacionales y religiosos, precursora del completo desencadenamiento de todos los rencores y pasiones, falleció de repente Teodorico, en 26 ó 30 de agosto de 526.

Poco despues de su muerte se le acusó de haber querido quitar en un mismo día todas las iglesias á los católicos para darlas á los arrianos; pero esto es tan falso como aquella otra fábula inventada por el fanatismo, de que el recuerdo y remordimiento de la muerte de Simaco se habia despertado repentinamente en el alma del rey al ver en la mesa un pez, á cuyo aspecto habia exclamado: «Esta es la cabeza de Simaco,» espirando luego en brazos de las personas presentes. Tambien corrió la voz de que un piadoso ermitaño católico habia visto padecer y gemir el alma del rey hereje en medio de un mar de fuego debajo de la isla volcánica de Lipari, donde se hallaba por haber perseguido á los católicos. Las leyendas germánicas se apoderaron tambien del gran rey presentándole como favorito é hijo predilecto de Odin, que por no verse privado por mas tiempo de él le habia hecho buscar por un corcel negro que le habia arrebatado de la misma mesa régia en su palacio de Rávena; y desde entonces gozaba Teodorico en compañía de Odin y de los héroes los placeres eternos del Valhalla. El cristianismo cambió posteriormente el caballo negro de Odin en el demonio que habia tomado esta forma para llevarse al rey hereje al infierno.

### CAPÍTULO III

LOS SUCESOSES DE TEODORICO HASTA LA DESTRUCCION DEL IMPERIO OSTROGODO (desde 526 hasta 555)

A la muerte de Teodorico se hallaba el reino ostrogodo en plena fermentacion en el interior, y amenazado exteriormente por Constantinopla y los francos. El heredero del rey era un niño de ocho años, Atalarico, hijo de Eutarico, muerto en 522, y de Amalavinta, mujer de gran talento, instruccion y carácter enérgico, que se encargó de la regencia hasta la

mayor edad de su hijo, conforme habia dispuesto el difunto rey con el asentimiento de la nobleza goda convocada en asamblea en Rávena y en presencia de toda la poblacion. Con notable sagacidad y rapidez procuró Amalavinta hacer jurar á todos fidelidad al sucesor de Teodorico, que por su parte, aunque niño, hubo de jurar tambien que gobernaria siguiendo el espíritu de su abuelo, protector de los romanos. En aquel tiempo era costumbre en Italia como en la Gاليا, hacer jurar á romanos y germanos conservarse mutuamente fieles y observar lealmente las leyes. Con este juramento de fidelidad creia Amalavinta asegurar la paz y el órden entre los dos pueblos, la fidelidad de ambos á su rey, y evitar la separacion de ciertos territorios cuyos habitantes podian pasarse á los francos ó á los visigodos. Para asegurarse de las autoridades eclesiásticas, exigió tambien á los obispos el juramento; pero á pesar de todas estas precauciones, no dejaba de ser muy difícil y peligrosa la posicion de la regente, no solo por el elemento romano, sino por la orgullosa y tosca nobleza goda, para la cual era cosa nunca vista y contraria á todas las tradiciones germánicas que estuviera á la cabeza de la nacion una mujer. En la política extranjera resultaban tambien grandes desventajas; el dominio de los ostrogodos sobre el reino visigodo ya no tenia razon de ser; y cuando los francos atacaron y mataron al rey Amalarico en 531, nada pudo hacer la regente del reino ostrogodo ni para impedirlo ni para vengarlo. Tambien hubo de dejar impune el asesinato de su hermana por el rey vándalo en 527, y mirar con los brazos cruzados cómo los francos en 530 acababan con la familia real de Turingia, emparentada con ella. Disgustada de la resistencia brutal de la nobleza ostrogoda, sin grande aficion á sus toscos compatriotas á causa de la educacion superior que habia recibido, esperó encontrar mas simpatía no solo en los romanos á quienes trataba con extraordinaria condescendencia, sino tambien en Justiniano que acababa de sentarse en el trono del imperio oriental y cuya política tenia por principal objeto, por desgracia de ella, la reincorporacion de Africa é Italia al imperio.

El lenguaje de las cartas de Amalavinta al emperador es hasta rastrero por lo adulador, mientras que en el país trató de atraerse á los romanos rebajándoles las contribuciones, ascendiendo á los senadores á dignidades superiores, devolviendo á los herederos de Boecio y Simaco los bienes confiscados y dando libertad á muchas personas presas por diferentes motivos. El resultado de todo esto fué un mayor descontento del partido nacional godo que llegó hasta un levantamiento abierto con motivo de la educacion completamente romana que Amalavinta daba á su hijo, rodeándole, en lugar de varones esforzados godos, de maestros griegos y romanos. Vieron un día unos cuantos godos nobles cómo el muchacho huia llorando de su madre, que le habia castigado por una falta leve, y entonces ya no disimularon su rencor tanto tiempo comprimido. Exigieron y alcanzaron que la regente cambiara completamente la educacion del príncipe, reemplazando sus ancianos maestros con jóvenes godos. Estos no tardaron en corromper y perder al joven enseñándole todos los vicios y excitándole además contra su madre para tomar el mando en lugar de ella. Amalavinta defendió su cetro y persona con teson, y para debilitar un tanto al partido de la nobleza mandó á tres de los principales de ella á tres puntos distintos y muy lejanos con el pretexto de proteger las fronteras amenazadas; pero como á pesar de esta medida continuara la oposicion y correspondencia con los tres jefes alejados, resolvió la princesa su muerte, preparando al propio tiempo su huida para el caso de frustrarse el plan. No se hizo rogar Justiniano para conceder el asilo que la regente le pidió en secreto, mandando

en seguida alhajar suntuosamente un palacio en Epidamno para la hija de Teodorico; pues ¿qué mas podia apetecer que ver reñir y dividirse en partidos opuestos á los godos, mucho mas si era con motivo de violencias sangrientas? La regente ya habia enviado delante un buque con el tesoro, pero habiéndose efectuado sin gran dificultad el triple asesinato, volvió á llamar el buque y siguió reinando en Rávena mas fuerte que antes. Entre tanto no habia perdido tampoco el emperador su tiempo, sino que habia entrado en relaciones secretas con otro individuo de la raza de los Amalos que le habia ofrecido restituírle una gran parte de Italia. Era este Teodahado, primo de Amalavinta, que vivia como particular en Toscana, entonces Tuscia, hombre rudo, de educacion puramente germánica, que lejos de ser guerrero era en extremo cobarde. Dominado por una codicia que no conocia límites, abusando de su elevada categoria para apropiarse lo ajeno de grado ó por fuerza, y despojando á todo el mundo, llegó á hacerse dueño sucesivamente de todo el territorio de Toscana. «Teodahado consideraba como una desgracia tener vecinos, porque esto equivalia á tener una propiedad limitada por dilatada que fuese.» Así se expresa un contemporáneo, Procopio, el jurisconsulto asesor de Belisario é historiador cronista de todos estos sucesos.

Odiaba Teodahado á la regente porque en varias ocasiones le habia obligado á restituir lo que injustamente habia usurpado, y para vengarse determinó entregar toda la Toscana al emperador en cambio de la dignidad de senador, y retirarse cargado de riquezas á Constantinopla. Con este objeto entabló luego relaciones con algunos obispos católicos, enviados por el emperador á Italia para consultar con el nuevo papa Juan II, sobre ciertas cuestiones eclesiásticas. Un miembro lego de esta comision, el senador Alejandro, estaba al propio tiempo encargado de reanudar en secreto las relaciones interrumpidas con Amalavinta, mientras que para mejor disimular su verdadero objeto á los ojos del público debia presentar quejas y procurar el consiguiente arreglo de ciertas diferencias de límites y otras. En las conferencias secretas ofreció la regente entregar al emperador toda la Italia, porque su posicion se iba empeorando; su hijo habia contraído una enfermedad mortal á consecuencia de sus excesos, y muerto él corria gran riesgo de parte de los ostrogodos nobles no solo su cetro sino su misma vida. Dos miembros de la familia real estaban pues vendiendo su pueblo al enemigo de su raza, y este no se descuidó en procurar destruirlos juntamente con su reino efímero, como habia destruido á los vándalos. A este fin mandó á Italia á un tal Petros, gran retórico y persona sagaz y astuta, con órden de tratar separadamente con Amalavinta y Teodahado. Además de este encargo de su señor, llevaba otro de la hermosa emperatriz Teodora, mujer infernal, hija del guarda de fieras del circo de Constantinopla, que en su primera juventud habia sido prostituta pública, pero que por su hermosura, talento, encantos y arrojo se habia elevado del fango hasta el trono, casándose con el emperador, para quien se mostró en dias aciagos y de grandes peligros valiente y fiel compañera. Esta mujer temia la presencia cerca de su trono de la hermosa é instruida hija de Teodorico, y decretó su muerte. A este fin habia propuesto al emperador el nombramiento del tal Petros, á quien habia sobornado á fuerza de grandes promesas y de la dignidad de «magister,» equivalente á nuestro presidente, jefe superior, gobernador, etcétera. A la llegada de este á Italia habia ya muerto el joven rey (en 534), y ocupaba el trono Teodahado, por las recomendaciones de la regente, que conociendo la repugnancia de los grandes de su nacion habia procurado que le eligiesen con la esperanza, sin embargo, de que él llevaria el

nombre de rey y ella gobernaria en realidad conforme Teodahado le habia jurado secretamente, aunque con la firme resolucion de no cumplir nada. En efecto, apenas fué coronado, cuyo suceso participó Amalavinta al emperador, cuando ya se concertó con los amigos mas encarnizados de la princesa para hacer matar á algunos de sus partidarios y encerrar á la misma Amalavinta en un castillo situado en una isla del lago de Volsena en Toscana. Despues, temiendo á Justiniano, le envió una embajada para enterarle de las razones que le habian obligado á obrar así. Esta embajada encontró á Petros en Aulon, despues que este ya habia recibido la otra que le habia comunicado no solamente lo que la ex-regente le habia encargado, sino tambien lo que le convenia que callase. Así el emperador, perfectamente enterado por su enviado diplomático, pudo utilizar á sus anchas la confusion y falacia infame de aquellos á quienes queria exterminar. Aseguró por escrito su proteccion á la ex-regente y encargó á Petros que hiciera saber esta su voluntad al pueblo ostrogodo, con lo cual no hizo mas que apresurar el triste destino de Amalavinta. Los parientes de los tres nobles asesinados por su órden excitaron el odio del rey hasta recabar su consentimiento para su muerte, que se llevó á cabo luego en la isla solitaria donde estaba presa. Procopio dice en su historia secreta que Petros fué el verdadero instigador de este nuevo crimen, que pactó con los interesados, mientras públicamente amenazaba á todos con la venganza de Justiniano si atentaban contra Amalavinta. Por otra parte consternó y aterrorizó la muerte de su protectora al pueblo romano; en Roma hubo motines con este motivo contra los ostrogodos, y cuando llegaron tropas del rey, la ciudad les cerró las puertas, mientras que el emperador hacia su papel de vengador de la princesa declarando á Teodahado y á todos los ostrogodos la guerra. Esta guerra con pocas interrupciones debia durar mas de 20 años y acabar por la completa destruccion del pueblo ostrogodo, que probó durante esta postrera lucha su incomparable y noble heroismo. El odio, la traicion y deserccion de los italianos; la superior pericia de los jefes bizantinos Belisario y Narses; los recursos y poderío entonces todavia inagotables del imperio oriental; la falacia y division interior de los ostrogodos, hicieron inevitable su exterminio.

El emperador que tanto tiempo habia vacilado antes de resolverse al ataque contra los vándalos, procedió esta vez con decision y gran rapidez, animado ya por el brillante éxito de aquella empresa, contando con un ejército y generales victoriosos y con las divisiones interiores de los ostrogodos. Trató tambien de excitar á los antiguos adversarios de los ostrogodos, los francos, no escaseando ni promesas ni regalos, á atacarlos de consuno con él, cada uno por su lado, dando á la guerra un barniz religioso; pero los solapados merovingios, familia real de las tribus francas, rama germánica establecida en la Bélgica y Norte de Francia, solicitados tambien por los ostrogodos, vendieron su auxilio á ambos beligerantes sin darlo á ninguno, prefiriendo despues invadir y saquear la Italia por su cuenta.

Los bizantinos atacaron en 535-36 simultáneamente por dos puntos distintos, obedeciendo á un plan bien meditado. Mientras una pequeña division penetraba por el lado de Oriente en Dalmacia y derrotaba á los godos cerca de Salona, amenazando á Rávena desde el Norte, desembarcó Belisario con el grueso del ejército en la isla de Sicilia, cuya poblacion se pasó al instante á su partido, incluso el comandante godo Sinderico de Siracusa, que á la primera insinuacion se rindió. Estos resultados fueron suficientes para que el ladino Petros, que á pesar de la declaracion de guerra y de la ruptura de hostilidades continuaba al lado del rey, atemorizara